

Antonio Caño

Digan la verdad

Memorias de un periodista y apuntes
sobre un oficio en peligro de extinción

Índice

<i>Prólogo</i>	11
I. TIEMPOS ROMÁNTICOS	25
II. SOBRE EL VOLCÁN	39
III. LA QUINTA COLUMNA	58
IV. DE MIGUEL YUSTE A LOPE DE VEGA	84
V. LOS <i>SANDALISTAS</i> Y EL GENERAL	124
VI. NÓMADA Y SOLITARIO	153
VII. EL PIANO DE TRUMAN	185
VIII. LAS VERBENAS DE <i>EL País</i>	211
IX. EDICIÓN AMÉRICA	251
X. UNA TARDE DE INVIERNO EN EL HOTEL ALGONQUIN	264
XI. EL MURO	291
XII. COMPRENDER CATALUÑA	325
XIII. EL INSENSATO SIN ESCRÚPULOS	347
XIV. EN UN RINCÓN DE LA TOSCANA	384
<i>Epílogo</i>	411

PRÓLOGO

En los años ochenta del siglo XX muy pocos se preguntaban sobre el futuro del periodismo. Yo no, desde luego. Los periodistas vivíamos aún al amparo de la notoriedad del Watergate, ocurrido una década antes, seducidos por el poder y la fama que la profesión era entonces capaz de otorgar, protegidos por empresas vigorosas y alentados por un público entregado para el que un periódico era una insignia que formaba parte de su indumentaria personal. En los años ochenta el periodismo era una actividad cautivadora e indispensable.

Una mañana de 1989 sonó el teléfono de una habitación cuyo número no recuerdo del hotel Camino Real (hoy Intercontinental) en San Salvador. No eran infrecuentes las llamadas muy tempranas en ese tiempo. Los editores en Madrid tenían pocas consideraciones por la diferencia horaria entre España y El Salvador. Además, las noticias se sucedían sin pausa en aquellos días en que los dos bandos de una guerra civil que se prolongaba ya varios años se habían lanzado a por el adversario de forma definitiva, sin tregua ni piedad.

Esa llamada, no obstante, no era la habitual de la redacción central con algún reclamo ni la de un colega para alertar sobre un bombardeo cercano o un ataque inminente. Era la operadora del hotel para dar paso a una persona que quería comunicarme algo grave. Nunca supe a quién correspondía aquella voz acelerada de hombre joven con acento centroamericano que me anunció que el padre Ignacio Ellacuría y algunos de sus compañeros habían sido asesinados en la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador. Supongo que sería uno de los empleados de la universidad que me conocería de anteriores visitas. O, tal vez, algún trabajador del hotel que estaba al tanto de que yo era periodista y español. No lo sé, tampoco me hice muchas preguntas en ese momento ni recuerdo más sensaciones que las de la ansiedad y la urgencia. El único deseo era el de llegar de inmediato hasta el lugar de los hechos y la única preocupación, hacerlo con todo el equipo —grabadora, cuadernos, bolígrafos— a punto y, a ser posible, antes que nadie. Nada me parecía en ese momento más importante que estar allí para contar bien lo ocurrido.

La historia contada por periodistas se ve a veces reducida a eso, historias de periodistas, anecdóticas y egocéntricas, que se parecen con frecuencia a las historias de cazadores, llenas de exageraciones y jactancia. Pero ¡qué otra cosa puedo hacer que contar historias de periodistas si eso es lo único que he sido toda mi vida! Con el tiempo, algunas de esas historias maduran y se hacen más auténticas y valiosas. La mayoría pierden todo interés o quedan reducidas al mérito escaso que tenían originalmente y que nosotros magnificamos en nuestro afán de notoriedad. Algunas, sin embargo, ganan relevancia;

no solo se sobreponen al paso del tiempo, sino que adquieren después la notoriedad que no supimos ver entonces con nuestra precipitación, con nuestra desesperación por narrar los acontecimientos antes incluso de que lleguen a producirse. El asesinato de Ellacuría y de sus amigos y colaboradores en San Salvador el 16 de noviembre de 1989 es una de esas historias que gana con el paso del tiempo, que desafía la ligereza frecuente de nuestro oficio, que engradece y humaniza al periodista que la escribe y al lector que la recibe.

Había toque de queda en la capital, que era en ese momento el frente principal de la guerra civil que El Salvador libraba desde 1979. Era arriesgado estar en las calles, pero eso no era un obstáculo para el conductor del taxi que tenía contratado por 100 dólares diarios —una fortuna— y que esa mañana, como todas, me esperaba en la puerta del hotel para llevarme al campo de batalla. Sí, era una guerra a la que se iba en taxi, habitualmente coches en aceptables condiciones, conducidos por personajes encantadores que cumplían múltiples papeles: guía, guardaespaldas, consejero, fuente de información... Mi chófer era Ricardo, creo, y, sin que yo fuera capaz de agradecerse como merecía en su momento, seguramente me salvó la vida en más de una ocasión.

Entré al edificio de la UCA por la rendija abierta en un portón trasero que daba a un patio de tierra amplio y muy descuidado. Así lo recuerdo al menos ahora, mientras desplazo mentalmente la vista por aquel escenario en busca del cadáver de Ellacuría, que parecía haber sido asesinado allí mismo, frente a una de las tapias de aquel corralón, junto a algunos otros sacerdotes. Aunque no fui capaz de sostener la mirada

por mucho tiempo, aún retengo en la memoria el sonido de las moscas rondando sobre las heridas que el bravo jesuita había recibido en la cabeza, deformada por el impacto de alguna bala disparada a corta distancia, su bata sencilla de color café atada con un cinturón y sus zapatillas de tela y suela de esparto, también marrones, casi nuevas, probablemente recién compradas en España, de donde había vuelto pocos días antes.

No recuerdo cuántos de los otros cinco curas asesinados aquel día —Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Armando López, Joaquín López y Juan Ramón Moreno— estaban al lado de Ellacuría. Todo era precipitación y confusión, nervios y miedo. Estaban desplegados por el lugar militares de uniforme y algunos civiles cuya función desconocía pero que suponía que eran policías, forenses o personal de los juzgados. ¡Quién sabe si no estarían entre ellos los propios autores de la matanza! Nadie impedía a los pocos periodistas que ya estábamos allí movernos sin ningún control entre los cadáveres y la sangre. Inspeccionado precipitadamente aquel espacio que tal vez un día fue un huerto, entré en los dormitorios. Para hacerlo, había que saltar sobre el cuerpo que obstaculizaba el pasillo de acceso; un cadáver más en una de las habitaciones, y otros dos en el fondo de la vivienda, aparentemente los de la empleada de hogar, Elba Julia Ramos, y su hija Celina, de quince años, que se quedaban a dormir en la universidad en aquellas noches porque creían sentirse más seguras al lado de los religiosos. No sabían, las pobres, que los asesinos no hacían distinciones en medio de aquel salvajismo.

La muerte de Ellacuría, la espantosa escena de su cadáver sobre la tierra del patio de la UCA, me sacudió profundamen-

te. No me atrevo a decir que éramos amigos, pero me encontraba con él cada vez que visitaba El Salvador, lo que ocurría con bastante frecuencia. Yo entonces vivía en México, en la calle Lope de Vega, de la colonia Polanco, algo que siempre me hizo mucha gracia trabajando, como hacía, para el periódico *El País*. Era corresponsal en México y Centroamérica. Pese a que, tratándose de una región en permanente drama, el asesinato de Ellacuría no fue el primer caso de horror del que me tocaba informar, nunca la víctima había sido tan cercana, tan admirada, tan querida. Pocos días antes de su asesinato, el sacerdote había comido con un grupo de periodistas españoles que entonces pasábamos mucho tiempo juntos y lo compartíamos todo, sin apenas rivalidad entre nosotros. Habíamos comentado con él sobre el riesgo de su regreso a El Salvador en medio del recrudecimiento de los combates en la capital. Ellacuría admitió que había contemplado la posibilidad de quedarse en España, que así se lo habían recomendado sus familiares y sus amigos, pero que había llegado a la conclusión de que su obligación era regresar, precisamente en aquellas circunstancias tan difíciles y peligrosas, porque entonces era cuando más le necesitaban los suyos. Y los suyos, en el corazón de Ignacio Ellacuría, eran muchos; me atrevería a decir que los suyos eran casi todo El Salvador, del que se sentía parte y a cuyo destino se sentía vinculado.

Ya no queda gente así. Eso era hace más de treinta años. Entonces el tiempo avanzaba más lentamente. También para los periodistas. Al menos para los periodistas que trabajábamos para un periódico. Uno tenía incluso espacio suficiente para reconstruir mentalmente el suceso vivido, recapacitar

sobre él y escribir la crónica que los editores corregirían y pulirían después con calma y, por lo general, buen criterio. Por supuesto, no había Internet en los años ochenta. Al menos no había periodismo en Internet. Tampoco existían aún los teléfonos móviles. Y los fijos, en un país como El Salvador, en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, eran poco fiables. A veces costaba horas conseguir la comunicación con Madrid para dictar el texto redactado. Esa espera era con frecuencia el momento de mayor desasosiego del día; todo el esfuerzo por llegar hasta el lugar adecuado, todos los riesgos corridos podrían ser inútiles si no conseguías transmitir la información. Me lo habían dicho ya en la Agencia Efe, me lo había advertido mi primera jefa, Ana Zunzarren, antes de emprender en 1979 rumbo a Guinea Ecuatorial, mi primer destino como reportero: «Tu objetivo principal ha de ser el de enviar la crónica; todo el resto, incluido su contenido, es secundario». En Malabo fue aún más difícil. El teléfono, el viejo teléfono, lo que después se conoció como teléfono fijo, era un lujo del que muy pocos días se podía echar mano. La comunicación con la redacción central se hacía desde la oficina de telégrafos de la ciudad, a donde llegaba cada noche con la ayuda de una linterna, que me abría paso entre la oscuridad, para transcribir a la cinta perforada la crónica diaria. En aquel tiempo yo era capaz de leer la cinta para comprobar la exactitud del texto e incluir correcciones. Ya no.

La renovación de la tecnología aplicada al periodismo ha sido brutal, pero eso no es lo que más ha cambiado en el periodismo desde aquellos años hasta ahora. Ha cambiado mucho más su papel en la sociedad, su función y su recono-

cimiento. El periodismo solo merece ese nombre si resulta útil para que las personas desarrollen con plenitud su misión como ciudadanos; el resto es, en el mejor de los casos, espectáculo, entretenimiento, o, peor aún, desinformación y manipulación. ¿Se hace hoy ese periodismo? Es imposible responder de forma definitiva a esa pregunta, pero sí es necesario que quienes nos dedicamos a esta profesión nos la hagamos con frecuencia. Incluiré en las páginas que siguen los puntos de vista de algunos colegas sobre diversas preocupaciones compartidas respecto a nuestro oficio, pero, por supuesto, yo mismo asumiré el protagonismo y la responsabilidad principal a la hora de abordar el momento del periodismo. Lo hago sin ánimo de dogmatizar y sin la pretensión de que alguien vea un estudio académico donde no lo hay. Me limitaré a reflejar las enseñanzas adquiridas en el trabajo junto a grandes periodistas y en la experiencia de más de cuarenta años de dedicación al periodismo en casi todas sus facetas, desde becario a director del periódico de mayor circulación en España en su momento. Estoy convencido de que esas experiencias tienen en sí mismas mucho más valor que las conclusiones a las que a mí me puedan llevar, pero no sería del todo honesto conducir a los lectores a un proceso de análisis y reflexión, como intentaré, sin mojar me con mi propia opinión.

El periodismo es hoy uno de los componentes básicos de nuestra vida. O quizá sería más preciso decir que las noticias lo son; más de lo que nunca antes habían sido. Vivimos inmersos en un mundo inundado de información; en la mayoría de los casos, indefensos ante el impacto que esa información provoca en nuestro comportamiento. Casi todas las decisio-

nes que tomamos a diario, incluso las más trascendentes, están en mayor o menor medida influidas por las noticias que escuchamos, leemos o que de cualquier otra forma entran en nuestro cerebro, aunque ya no sea a través de los medios de comunicación tradicionales. La comida que elegimos, la ropa que usamos, los lugares a los que viajamos, los libros que leemos, las películas que vemos, los amigos que elegimos, las opiniones que damos, el partido al que votamos dependen en gran medida de la información que recibimos. Conocer la procedencia de esa información, así como la calidad de su contenido y las intenciones de quien o quienes la conducen hasta nosotros resulta, por tanto, decisivo en nuestra actuación en la sociedad y, en última instancia, en el desarrollo pleno de nuestra función como ciudadanos libres. Podemos alcanzar la libertad gracias a la información, pero también podemos ser esclavizados por ella.

Prácticamente desde los primeros años del periodismo, los políticos, los empresarios, los activistas de toda índole, cualquiera que necesitara influir de alguna forma en la conducta de las personas, han sido conscientes de ese poder inmenso de las noticias. Paradójicamente, los periodistas, que viven por lo general en el espacio reducido de su propia labor, lo han sido mucho menos. Durante décadas ese poder de influencia del periodismo era administrado y conducido a través de medios de comunicación perfectamente imbricados en el sistema y, por lo general, profesionales, prudentes y responsables. Por supuesto que no siempre ha sido así, y se pueden citar múltiples casos en el pasado de medios corruptos, sensacionalistas o cómplices de gobiernos autoritarios. En muchos países, a

lo largo de la historia, medios revestidos con el ropaje del prestigio han respaldado dictadores, han ocultado crímenes o han justificado persecuciones políticas y expolios del dinero público. Pero han sido muchos más los que han contribuido al intercambio de ideas, a la revelación de secretos, al combate a la impunidad, al descubrimiento de la verdad y otras muchas aportaciones que han servido para sostener y hacer progresar la democracia y la libertad.

Como se puede comprobar solo ya por la lectura de estas primeras líneas, soy un periodista con experiencia y años a la espalda. Es inevitable, por tanto, una cierta visión nostálgica de nuestra profesión. Tiendo a creer que el periodismo ha vivido épocas más gloriosas que la actual y, aunque es justo reconocer las ventajas que los recursos tecnológicos y los nuevos medios de comunicación aportan, así como los esfuerzos que hacen cada día muchos de mis colegas más jóvenes para dignificar nuestro oficio, tampoco se puede ocultar que los periodistas hemos perdido hoy una buena porción de respeto entre los ciudadanos y que es nuestra obligación examinar qué parte de culpa tenemos nosotros mismos.

En cierta medida, ese deterioro de la credibilidad de la prensa tiene que ver con el agravamiento de la polarización política en los últimos años. Los periodistas estamos hoy, querámoslo o no, en las barricadas. Unos, para contar la guerra ideológica que se libra; otros, como combatientes en algunos de los frentes. He procurado mantenerme siempre alejado de los bandos políticos, ayudado por el hecho de haber desarrollado la mayor parte de mi carrera fuera de España y de la política española. Pero asumo que algunos lectores no

me creerán y que otros simplemente no se acercarán a estas páginas por rechazo a las ideas que le atribuyen a su autor. A quienes sí tengan curiosidad en hacerlo, intentaré aclarar las decisiones que tomé en la etapa más controvertida de mi trayectoria profesional y a la que se deben la mayoría de los prejuicios establecidos sobre mí, la de director de *El País*. Sabido es cómo acabó mi relación con *El País*, pero han sido más de treinta y nueve años de trabajo en ese periódico y es mucho el cariño y agradecimiento que siento por esa cabecera. Trataré, por tanto, de relatar ese periodo con respeto a la verdad y exento de rencor en toda la medida que mis tripas me lo permitan.

Mis cuatro años como director de *El País* dieron lugar también a una labor de la que se ha hablado menos en los confidenciales y en las redes sociales, pero de la que me siento muy orgulloso y que creo que debe merecer cierta atención en este libro: la transformación digital del diario. El recuerdo de lo ocurrido en *El País* en ese periodo puede resultar, además, muy ilustrador sobre lo que ha sucedido con los periódicos, sobre todo a partir de 2010 y especialmente desde la segunda mitad de la década anterior. Sin entender la catástrofe ocurrida en la industria de la prensa y la abismal pérdida de influencia del producto de papel frente al digital, no se puede entender la revolución general que ha ocurrido y sigue ocurriendo en el periodismo.

No me arrepiento de haberlo dado todo por *El País*, como no me arrepiento de ser periodista. Pero tampoco creo que no pudiera haber trabajado para otro medio o haberme dedicado a otra cosa. He oído a muchos de mis colegas

decir que si volvieran a nacer, volverían a ser periodistas. Yo no estoy tan seguro. Tal vez yo sería médico, por ejemplo. O maestro de escuela o novelista. O cualquier otro trabajo que permitiera disfrutar de la naturaleza y el aire libre. En realidad, es poco probable que si pudiera volver a elegir volviera a ser periodista. No quiero que se me malinterprete: adoro el periodismo, y algo de ese sentimiento debí de transmitir a mi entorno porque mi hijo mayor también es periodista. El periodismo es una profesión apasionante y valiosísima. En mi caso, además, me dio la oportunidad de conocer el mundo, algo que jamás podría haber hecho por mis propios medios. Pero el periodismo es también un instrumento que sirve tanto para hacer resplandecer la verdad como para ocultarla y manipularla, es un arma de doble filo que puede ser utilizada tanto para eliminar la maleza que oculta a héroes desconocidos, como para caer como guillotina sobre personas decentes sin más delito que el de su involuntario protagonismo en una noticia de impacto.

Admito que hay mucho del periodismo que me disgusta y también confieso que soy más bien pesimista sobre el destino de nuestra profesión. Muchos de los debates actuales sobre el periodismo tienen que ver con riesgos acuciantes para nuestro oficio: la llamada realidad alternativa, la posverdad, el activismo político y social infiltrado en las redacciones... ¿Sobrevivirá el periodismo a todo eso? ¿Cómo será el periodismo del futuro? ¿Quién será periodista dentro de una década? ¿Qué quedará del periodismo que conocimos en el pasado? Ninguna profesión tiene garantizada su supervivencia a lo largo de los tiempos. Igual que dejaron de existir los escriba-

nos porque todo el mundo sabe ya redactar sus propias cartas y documentos, podrían dejar de existir los periodistas cuando todo el mundo tenga capacidad de acceder por su cuenta a la actualidad. En eso ya casi estamos. Va desapareciendo la intermediación por lo general, y los periodistas, en su dimensión más noble, no dejamos de ser más que intermediarios entre lo que sucede y las personas que necesitan o tienen curiosidad por saber lo que sucede. Pero incluso en el caso más optimista de que se mantenga el oficio de periodista, es dudoso que su ejercicio recuerde en el futuro a lo que conocimos en el pasado.

Hoy ya es apreciable la transformación experimentada: el trabajo de reporterismo, el relato objetivo desde el lugar de los hechos, la investigación, los testimonios de los involucrados han cedido terreno a la opinión, ni siquiera al análisis, sino a la opinión cada vez más contundente y más sesgada. Pero eso es apenas el principio. La transformación del periodismo es más profunda cada día. En la era de Twitter y de los rumores circulando como noticias a la velocidad del rayo es muy difícil seguir defendiendo los principios que han sostenido al periodismo independiente y que lo convirtieron en el cuarto poder durante los siglos XIX y XX. Y, sin esos principios, el periodismo, simplemente no merece tal nombre. No importa que una universidad siga repartiendo títulos de periodista, el periodismo hecho sin independencia, rigor, objetividad y honestidad intelectual no será jamás periodismo. En última instancia, cada periodista responderá en conciencia sobre esta materia.

Yo he sido la mayor parte de mi vida un reportero. Son mis experiencias como reportero las que ocuparán la mayor parte de las próximas páginas, aunque intentaré exponerlas de forma que no se limiten a una sucesión de episodios más o menos anecdóticos, sino como motivo de reflexión sobre lo que los periodistas hacíamos, hacemos y debemos hacer. Todos ustedes están invitados a participar en esa tarea porque todos ustedes están afectados —a veces han sido víctimas— del trabajo de los periodistas. Pero somos sobre todo nosotros, los profesionales del periodismo, los que tenemos la responsabilidad de honrar nuestro oficio, tan trascendente, mediante una crítica ajustada sobre lo que hacemos bien y lo que hacemos mal, para lo que espero que este libro sea una modesta aportación.

I

TIEMPOS ROMÁNTICOS

Ni el aficionado al cine más erudito recordará el estreno en 1966 de una película de Ana Mariscal titulada *Los duendes de Andalucía*, en la que Sancho Gracia hacía el papel de un periodista francés que corre algunas aventuras en España, más que nada sentimentales, en un trasfondo del casticismo grotesco propio de la época. La película no tiene más propósito que la promoción de los rudimentarios argumentos musicales y paisajísticos con los que en aquel tiempo nuestro país se lanzaba a la búsqueda del turismo extranjero. Ningún otro valor cabe concederle al film. Pero para un niño de nueve años que ya empezaba a soñar con una vida lejos del barrio, aquello era suficiente para disparar su imaginación. Aquel apuesto personaje con una cámara al hombro que venía nada menos que de Francia, conduciendo un descapotable rojo, se convirtió inmediatamente en objeto de admiración. Y aquel personaje llevaba adherida una etiqueta: periodista.

Se tiene al periodismo por una profesión vocacional. Se elige ser periodista para cumplir un sueño o alcanzar una de esas metas tan ambiciosas como ficticias que uno se marca en la primera juventud. Podría rebatirse esto con la cantidad de periodistas que debe de haber por ahí porque sus notas de corte en la prueba de selectividad no le dieron para más. Pero no creo que esos casos sean suficientes para negar por completo la fantasía en torno al periodismo. Muchos periodistas lo son movidos por la fama que en ocasiones concede, sobre todo en la radio y la televisión. Otros, más recientemente, recurren al periodismo como herramienta para intervenir en el mundo, corregir injusticias o promover la moralidad, una tendencia tan en alza como peligrosa a la que me referiré más adelante.

En mi caso, la ilusión del periodismo está plenamente vinculada a las carreteras que recorría aquel descapotable rojo de Sancho Gracia, al mundo que le esperaba al otro lado de los Pirineos. El mismo niño que tantas veces había imaginado qué podría haber detrás de aquella curva con la se perdía de vista la vía del tren en la salida de Martos, había encontrado por fin en aquella película el pasaporte para descubrirlo: el periodismo.

Cada nuevo hallazgo juvenil servía para ratificar esa idea. Las primeras lecturas, *Noticia bomba*, donde se comprueba que los periodistas van incluso más lejos que Francia, viajan a guerras en África, beben whisky con soda, hablan inglés y se reportan a un jefe que posee el admirable título de Foreign Editor. La primera televisión, tan reducida, pero tan basta que nos parecía, con Miguel de la Cuadra Salcedo, del Amazo-

nas al Congo, con esa fascinante guerrera de cuatro bolsillos frontales, sorteando balas, estrangulando serpientes, comiendo hormigas, descubriendo tribus remotas. Como hacían Jesús González Green, Diego Carcedo, Javier Basilio y otros en *Los reporteros* de TVE en los primeros años setenta.

Algunos de los integrantes del equipo de aquel programa ejercieron después de maestros sobre el terreno. Coincidí con uno de ellos, Manolo Alcalá, en México y Centroamérica, ya en sus últimos años como periodista. Antes había acumulado una carrera repleta de éxitos, como sus entrevistas a Moshé Dayan, el ministro israelí con un parche en el ojo que ocupaba entonces la actualidad con mucha frecuencia, y, sobre todo, a Los Beatles, a los que esperó al pie de la escalerilla del avión en su primer viaje a España y, aunque les llamó Los Brincos durante toda la conversación, les arrancó las declaraciones que buscaba para Radio Madrid. Manolo Alcalá me enseñó a resguardarme tras las ruedas de un coche cuando suenan tiros y a descubrir de qué dirección provienen. Me explicó cómo sobornar con elegancia a la autoridad, una enseñanza tan necesaria para cualquier periodista que viaja. Aprendí de él cuándo hay que correr y cuándo hay que ir con calma. Me instruyó a distinguir a las fuentes de los farsantes, a perseverar en la búsqueda de la información que se resiste, a eliminar complejos frente a competidores de medios más potentes, a confiar en el poder de convicción de una cámara o una página de periódico, a estimular la vanidad de nuestro interlocutor. Me enseñó otros muchos secretos del oficio y algunos de la vida. Aún lo recuerdo cuando, después de pelearse durante horas con la señal del satélite para enviar su crónica a TVE,

a la que amaba más que a su querida Pepa, se acercaba a mi habitación en algún hotel de esos legendarios que nos gustaba compartir y me decía: «Antoñito, ¿te das cuenta de que trabajamos como gilipollas y los que se llevan el dinero son esos gacetilleros que escriben desde su casa en la sierra?».

La generación de posguerra

Manolo Alcalá pertenecía a una generación de periodistas de posguerra que no habían pasado por la universidad ni habían estudiado idiomas. Su oficio se alimentaba aún del instinto y la picaresca. He escuchado muchas veces esa anécdota de aquellos reporteros del periódico *Pueblo* que aprovechaban un descuido durante la entrevista con la pobre viuda de la víctima de un crimen escabroso para robar la foto del difunto expuesta sobre el aparador. O la de aquellos otros que fingían en la radio el sonido de las campanas de la iglesia en alguna boda de alta alcurnia con el choque de los trozos de hielo en el cuba libre. Muchos de aquellos periodistas de *Pueblo*, entre los que se confundían los hijos del régimen con los padres de la democracia, todos un poco Carpanta y un poco Alain Delon, fueron después los fundadores del periodismo libre que ha sido predominante en España en las últimas décadas. Hubo precursores ilustres que dieron altura intelectual y brillo al oficio en un breve periodo de ejercicio del periodismo en libertad, como Manuel Chaves Nogales o Julio Camba. Pero el periodismo que hoy conocemos no es tanto heredero de aquellos como de esos otros colegas que buscaron resqui-

cios entre los sólidos muros de la dictadura para moverse sin llamar la atención, para reflejar la realidad entre líneas, con metáforas, con humor, con alusiones veladas a las dolorosas circunstancias domésticas mediante la descripción de problemas internacionales, que es una de las razones por las que abundan los especialistas en información extranjera entre los miembros de mi generación y la anterior. «SE DESMORONA EL RÉGIMEN», titulaba a cuerpo grande el diario *Pueblo* en portada en pleno franquismo. «En Polonia», añadía en cuerpo pequeño.

Esa era, discretamente, una de las funciones de *Los reporteros* o, después *En portada* o *Informe semanal*, donde se contaba el comportamiento violento de los militares en Chile cuando todavía había un militar al mando en España. En *Los reporteros* estuvo también Elena Martí, sin cuya existencia no se explica mi dedicación al periodismo. Elena era todavía una niña cuando su hermana mayor, Luisa Fernanda Martí, estaba ya consagrada como una estrella de la radio, actuando en ocasiones en compañía de José Luis Pecker. Yo no llegué a conocerla personalmente, pero Luisa Fernanda era una celebridad en mi entorno familiar gracias a las referencias que a ella hacía mi abuela Hipólita, que trabajó como asistenta y cocinera en la casa de los Martí poco después de llegar a Madrid desde Martos. Yo no era capaz de encontrarle todavía coherencia a las conversaciones de los mayores, pero me quedó en la mente la imagen de una joven periodista, muy guapa, que tenía mucho éxito como locutora de radio. Otro tentador reclamo para el sueño infantil. Años después, cuando la fantasía se fue haciendo realidad con los estudios de

periodismo en la universidad, fue la familia Martí la primera que acudió en ayuda del voluntarioso nieto de Hipólita que también quería ser periodista. No estaba ya Luisa Fernanda, muerta prematuramente, pero Elena, que había tomado el testigo periodístico del apellido, se ofreció enseguida a hacer las gestiones oportunas. De Elena, entonces una especialista en información internacional en TVE, llegué a su marido, Enrique Vázquez, entonces en la Agencia Efe, y ahí comenzó una carrera periodística que, sin el apoyo de estos dos buenos samaritanos, quizá hubiera sido imposible o, cuando menos, mucho más difícil.

Vázquez compaginaba su trabajo en Efe con la edición de una pequeña publicación que se enviaba por correo a los suscriptores. «Se tituló de entrada *Actualidad Política Extranjera*», dice Enrique, «porque era la única manera de obtener una licencia en el Ministerio de Información. Después, en cuanto la liberalización fraguista lo hizo posible, se le añadió en su cabecera Nacional y Extranjera». Y por esa rendija me colé para publicar mis primeros artículos sobre lo único de lo que sabía muy superficialmente: la universidad, donde yo entonces hacía como que estudiaba, y los movimientos de izquierda, en los que hacía como que militaba. El otro redactor de noticias nacionales de aquel boletín era Luis Rodríguez Aizpeolea, mucho más documentado en sus artículos sobre el País Vasco. «En las postrimerías del franquismo», recuerda Enrique, «apareció en mi vida un joven periodista —en realidad, solo estaba empezando la carrera— con una presentación infranqueable para mí: era el nieto de Hipólita. No tenía yo nada que ofrecerle, excepto mi condición de fundador, editor

y redactor de *Actualidad Política Extranjera*. Y allí tuve el placer de tratar a Antonio y leer sus primeros textos y quitarles o ponerles alguna coma. Y pude facilitarle uno de los puestos que la Agencia Efe ponía a disposición de jóvenes estudiantes para prácticas estivales».

La Agencia Efe marcó para siempre mi forma de concebir el periodismo. Un periodismo en el que nadie firmaba y todos tenían que ceñirse escrupulosamente a la regla del «quién dijo qué, dónde y cuándo» —la regla de las cuatro W en inglés: *who, what, where and when*—. Me parecía entonces y me sigue pareciendo hoy la esencia misma de nuestra profesión, la única y verdadera razón de su existencia. Me acuerdo cuando el viejo Vázquez, como le gustaba referirse a sí mismo, reprendía mis pinitos creativos en alguna crónica con la frase que siempre repetía: «En el verdadero periodismo, cualquier tentación literaria debe ser combatida como si se tratara de la peste». Esa máxima reguló desde aquel momento mi trabajo, al que el anonimato no hacía menos apasionante. Al contrario, no tengo memoria de sensaciones más auténticas que aquella de extraer violentamente el folio de la Olympia tras la redacción de las 30 líneas que terminabas de corregir mientras las trasladabas a la sala de teletipistas.

Era un tiempo mágico en el que se obtenían altísimos resultados con escasísimos medios. «Mi madre, que murió cuando le faltaba poco para cumplir los ciento cinco años, comentaba a menudo», recuerda Elena Martí, «que tenía la impresión de haber asistido al nacimiento del mundo. ¡Y es que recordaba la primera bombilla eléctrica que iluminó su entorno! Al mirar atrás en mi carrera profesional tengo una

sensación que puede compararse con el sentimiento de mi madre. Cuando entré en TVE rodábamos en cine, montábamos en negativo y las noticias viajaban en moto, en coche o en helicóptero». Elena vivió el tránsito hacia «cintas de vídeo con las que se podía hacer pesas, del tamaño que tenían» y, después, al nacimiento de la tecnología que permitió hacer emisiones en directo desde el mismo escenario de la noticia. Y aparecieron las televisiones privadas. Y se pusieron de moda los directos. Y se hicieron directos y más directos y más directos. Y nació el modelo de la CNN y se hicieron más directos. Tantos directos que ya solo se hacían directos. «Tanto directo, tanta inmediatez deterioró la calidad de la información y eliminó el criterio y el análisis que se exige en una crónica pensada, escrita y montada», opina Martí. A los directos se les sumó después otra plaga del periodismo televisivo: los tertulianos en el estudio. Tendremos oportunidad más adelante de profundizar en la evolución que ha sufrido el periodismo del reportero a la opinión, que se explica, fundamentalmente, por la necesidad de abaratar costes, pero es importante esta mención de una periodista veterana sobre el momento en que el periodismo informativo en televisión empezó a derivar hacia el espectáculo.

Los recuerdos de Elena tienen que incluir forzosamente las dificultades que entonces encontró como mujer. Desde hace ya varios años, alrededor de la mitad de las personas que se dedican al periodismo en España son mujeres —aunque el porcentaje es inferior entre las que ocupan puestos directivos—, pero Elena integraba entonces una lista muy reducida de mujeres reporteras entre las que ella misma men-

ciona a Carmen Sarmiento, Rosa Calaf, Victoria Martínez y Ana Cristina Navarro, esta última, una compañera y amiga del alma, nacida en Medellín y recordada siempre por su nervio periodístico entre los muchos amores que dejó en España. Para el público de televisión, la figura de Ana Cristina Navarro siempre estará unida a aquel inolvidable reportaje en 1985 con Omayra Sánchez, la niña que se ahogaba entre los escombros por la erupción del volcán Nevado del Ruiz.

Las mujeres tenían que demostrar a diario sus méritos para pertenecer al periodismo informativo, entonces el más valorado, si no querían ser relegadas al ámbito del periodismo «femenino». Pero incluso ellas podían en aquel tiempo contar con la ventaja de una mayor disponibilidad de puestos de trabajo en la industria del periodismo. Se decía, con cierta maldad, que era tan sencillo entrar a trabajar en TVE que bastaba con acudir un día con la excusa de visitar a un amigo y sentarte en cualquier asiento que vieses libre, repetir esa operación al día siguiente y al otro y al otro, hasta que llegado el momento, cuando estallase una crisis que obligase a movilizar a todo el personal disponible, alguien que te encontrase allí sentado de brazos cruzados te encargaría una tarea que sería después tu argumento para reclamar un contrato. Esto, por supuesto, era una broma, pero sirve para ilustrar la relativa facilidad de acceso a un puesto de trabajo de la que entonces gozaba el periodismo. Desde los años cincuenta, incluso en la España de la censura previa y la falta de libertad, el periodismo fue una profesión pujante. A las estrellas de la radio conocidas, se sumaron las de la naciente televisión, las revistas se multiplicaban, también las de contenido político, y

los periódicos ganaban en páginas y noticias a medida que el desarrollismo fue mejorando la situación económica y cultural de los españoles.

La era dorada del periodismo

Mencionaba antes mi caso como ejemplo de lo imprevisibles que pueden ser los caminos por los que se accede a esta profesión, como a otras, imagino. Pero todas las vocaciones de entonces estaban, de alguna manera, vinculadas a una era de florecimiento del periodismo. En Estados Unidos e Inglaterra las firmas de los grandes periódicos eran parte de la intelectualidad y gozaban de un alto reconocimiento social. Los directores de los principales diarios se codeaban con los más ilustres académicos y, por supuesto, con la élite política y económica, a la que muchas veces pertenecían. Cualquiera que quisiera dedicarse al periodismo en el siglo pasado sabía que accedía a un trabajo de prestigio e influencia que le permitiría, además de abrirse a un extenso abanico de contactos en función de la especialidad elegida, ganarse dignamente la vida.

Pero el periodismo era, sobre todo, o así lo veíamos quienes dábamos los primeros pasos en la profesión, un enorme poder, el Cuarto Poder, como se empezó a decir en Estados Unidos en los años cincuenta. Ese país se construyó en gran medida gracias al sacrificio de periodistas que actuaban como avanzada ilustrada de su brutal expansión al Oeste, como se recoge de forma magnífica en *El hombre que mató a Liberty Valance*. El periodismo fue, más aún que el Vietcong, la fuerza

que derrotó al ejército norteamericano en Vietnam, al exponer la verdad, la auténtica crueldad de una guerra, nunca vista antes por el público desde tan cerca y expuesta de una forma tan cruda. El periodismo fue capaz de acabar con el político más poderoso del mundo gracias a la perseverancia de dos reporteros ambiciosos y el coraje de un director con carácter. Los nombres de Watergate, Bob Woodward, Carl Berstein y Ben Bradley se convirtieron en figuras reverenciales para un joven de los años setenta y ochenta con el deseo de ser periodista. Cuando el cine convirtió, además, a esos personajes en tipos apuestos y valientes que cruzaban las calles de Manhattan con sus chaquetas de pana y sus corbatas sueltas en busca de la verdad que se escondía en los subterráneos, el hechizo de la profesión se hizo irresistible.

Los periodistas iban siempre con prisa de un lado para otro, trasnochaban, fumaban y bebían sin contemplaciones, defendían su historia ante jefes implacables y maleducados que leían con desprecio sus dos folios mientras reposaban los pies sobre el escritorio. Los periodistas se retiraban de madrugada exhaustos, pero felices de haber hecho una enorme contribución a la Humanidad. En realidad, la satisfacción hubiera sido mucho menor si tu firma no hubiera aparecido destacada allí, al frente de la noticia que abría la portada de aquellos periódicos atados con una soga que los camiones repartían al alba.

La vanidad y el romanticismo han sido siempre dos ingredientes inseparables de esta profesión. Nunca se ganó mucho dinero, pero lo pasábamos muy bien. Tú le entregabas con gusto la vida a tu periódico, a tu emisora de radio o a tu

canal de televisión y ellos te lo compensaban lo suficiente como para no escatimar las copas, acudir a buenos restaurantes, viajar a París y más allá, y, si se terciaba, formar una familia. Con frecuencia, más de una. Los periodistas compartían la barra con actores y escritores famosos, cruzaban las puertas de las mansiones más inexpugnables, recibían elogios y cestas navideñas. Algunos preferían situarse en el lado amable del oficio y gozaban de la simpatía general; otros optaban por el gesto rudo y se debatían constantemente entre admiradores y enemigos. Pero todos compartían la satisfacción de formar parte de lo que llamábamos la profesión más hermosa del mundo.

No sé cuánto queda de aquello. Tampoco sé hasta qué punto ese romanticismo se ajusta del todo a la realidad. También entonces había jefes cobardes que se plegaban sin miramientos al deseo de los políticos. Como había periodistas modestos que pasaban su carrera sobre la moqueta de la redacción y que no bebían ni fumaban. Quizá el romanticismo del oficio es algo que nos hemos inventado para darle sentido a lo que en ocasiones puede ser un oficio absurdo e innecesario, como el de los notarios o los asesores. Todos sabemos que si Noé tuviera que hacer una selección de profesionales a los que subir a su Arca, no se llevaría a ningún periodista. El romanticismo del oficio ha sido siempre el oxígeno que permitía remontar los trechos más duros y el aliciente que justificaba esfuerzos inexplicables. Los periodistas nos afanamos por volar a un país del que huye la gente y nos empeñamos en acercarnos al lugar del incendio y al epicentro de la explosión.

El romanticismo convivía con una realidad mucho más vulgar. Nunca crucé las carreteras de España en un descapotable rojo. Aunque mi amigo y colega Fernando Pajares me convenció de que alquiláramos uno en Los Ángeles para darnos un día el gusto de recorrer Sunset Boulevard escuchando a todo volumen a Roy Orbison, como los dos paletos pretenciosos que éramos. El romanticismo escondía muchas horas de trabajo de traducción de agencias extranjeras, incluso de recomposición más o menos aseada de los textos de otros periodistas y otros medios. El romanticismo ocultaba jornadas que se extendían mucho más allá del límite legal, horarios nocturnos, domingos de guardia, vacaciones interrumpidas... En fin, muchos de los vulgares inconvenientes de otros muchos trabajos.

Lo que hoy queda de romanticismo oculta un escenario mucho más dramático. El oficio se ha proletarizado, los salarios son en ocasiones indignos de una profesión de tanta responsabilidad. La mayoría de los periodistas no consiguen jamás realizar sus sueños, y quienes logran al menos obtener un trabajo, saben que están condenados a sobrevivir en un mercado muy incierto y amenazado por el peligro de su completa desaparición. Hablaremos en próximos capítulos de las nuevas tecnologías y otros fenómenos que han provocado la crisis del periodismo. Bueno es, no obstante, destacar que, incluso en estas circunstancias tan adversas, ese viejo ardor guerrero sigue empujando hoy a algunos periodistas. Como ha demostrado la guerra de Ucrania, donde el motor de la vocación, ni mucho menos el del dinero, ha empujado a un puñado de compañeros que nos han contado de forma im-

pecable hechos estremecedores que, de otra forma, no habríamos conocido. El sueño sigue vivo. El deseo de averiguar lo que existe al doblar la curva de la vía del tren sigue siendo un impulso incontenible. Y ese impulso es el alimento básico del periodismo.